

REGRESO A LA TIERRA

Los viajes al espacio siempre han despertado un gran deseo en la humanidad, primero como ficción, después como programas espaciales. Mientras los científicos continúan investigando qué hay más allá del sistema solar, Gris Tormenta propone lo inverso: volver a la Tierra, estar en ella y sentirla después del viaje más largo que el ser humano puede realizar. De las más de seiscientas personas que han vivido esta experiencia, de 1961 a la fecha, aquí se recopilan algunos testimonios excepcionales, desde el primer regreso a la Tierra y la llegada a la Luna hasta la primera turista espacial; desde los más desinhibidos e inesperados hasta aquellos marcados por la Guerra Fría. A través de estos viajeros, la antología es un acercamiento inédito a la astronáutica: más allá de la lógica y la ciencia, aquí se muestran emociones personales rara vez leídas, que retratan al astronauta en su momento más vulnerable, en su versión «no oficial». En contrapeso, el epílogo es un vistazo al futuro de los viajes espaciales y la supervivencia.

DISERTACIONES DE GRIS TORMENTA

Colección de antologías alrededor de un tema debatido por un grupo heterogéneo de voces o alrededor de una pregunta que sugiere una disertación colectiva. Aquí se construyen textos de pensamiento grupal que intentan definir un concepto que elude la definición. En los fragmentos encontramos autonomía, pero es en el conjunto donde reside la fuerza de la discusión y la relevancia de la idea para lectores y escritores contemporáneos.

Regreso a la Tierra

Regreso a la Tierra

Memorias y reflexiones de nueve astronautas
al volver del espacio

Anousheh Ansari · Neil Armstrong · Yuri Gagarin
Scott Kelly · Valentín Lébedev · Edgar Mitchell · Mike Mullane
Rodolfo Neri Vela · Al Worden

Epílogo de Ross Andersen

gris tormenta

REGRESO A LA TIERRA
MEMORIAS Y REFLEXIONES DE NUEVE ASTRONAUTAS
AL VOLVER DEL ESPACIO

© Taller Editorial Gris Tormenta, 2022
Guerrero Sur 34, Centro Histórico, 76000, Querétaro, México
gristormenta.com

© Ross Andersen, 2014. © Anousheh Ansari y Homer Hickam, 2010.
© Yuri Gagarin, 1961. © James R. Hansen, 2005 y 2018. © Scott
Kelly, 2017. © Valentín Lébedev, 1988. © Edgar Mitchell, 2008. © Mike
Mullane, 2006. © Rodolfo Neri Vela, 1986. © Alfred Worden y Francis
French, 2011. © Debate - Penguin Random House y Efrén del Valle,
2018, de la traducción de «El primer gran regreso» en «La mejor semana
en la historia del mundo». © Debate - Penguin Random House y Marcos
Pérez Sánchez, 2018, de la traducción de «Lo que aprendí de un año en el
espacio». © María del Mar Gámiz, 2022, de la traducción de «El cielo es un
campo arado». © Jacobo Zanella, 2019, de las traducciones de «La Tierra
como nave espacial», «Del espacio profundo a la rutina en la Tierra», «El
gran esquema del universo», «Mi último mes en el espacio», «Veo girar el
mundo frente a mis ojos», «Nacer por segunda vez» y «El futuro de los
viajes espaciales: entrevista a Elon Musk».

La procedencia de los textos aparece en las páginas 180-181

Edición
Mauricio Sánchez
Jacobo Zanella

Coordinación y diseño
Jacobo Zanella

Asistencia editorial
Luis Bernal
Germán Vázquez

ISBN 978-607-99130-4-5

Impreso en México / *Printed in México*
Primera edición, julio 2019
Segunda edición, junio 2022

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de los
titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

II

1960

YURI GAGARIN

El cielo es un campo arado

17

NEIL ARMSTRONG

La mejor semana en la historia del mundo

33

1970

AL WORDEN

Del espacio profundo a la rutina en la Tierra

45

EDGAR MITCHELL

El gran esquema del universo

61

1980

VALENTÍN LÉBEDEV

Mi último mes en el espacio

77

MIKE MULLANE

Veo girar el mundo frente a mis ojos

95

RODOLFO NERI VELA
El arte de las naves espaciales
111

2000

ANOUSHEH ANSARI
Nacer por segunda vez
123

2010

SCOTT KELLY
Lo que aprendí de un año en el espacio
135

ROSS ANDERSEN
A manera de epílogo
El futuro de los viajes espaciales:
entrevista a Elon Musk
147

Anexos

IMPRESIONES DEL REGRESO
A LA TIERRA
165

LA HUMANIDAD EN EL ESPACIO
174

CÓMO SE HIZO ESTE LIBRO
176

AGRADECIMIENTOS
Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS
180

¿Puede el ser humano asomarse por su angosta ventana de la vida?

AL WORDEN

*No cesaremos en la exploración, y el fin de todas nuestras
búsquedas será llegar adonde comenzamos y conocer el lugar por
vez primera.*

T. S. ELIOT

*Lo conocido es finito; lo desconocido, infinito.
Intelectualmente nos encontramos en una isla diminuta
en medio del océano infinito de lo inexplicable.
El cometido de cada generación es ganar un poco más de tierra.*

THOMAS HENRY HUXLEY

INTRODUCCIÓN

Desde que inició la exploración espacial, más de seiscientos astronautas han regresado del espacio. Aquí presentamos nueve relatos sobre su reencuentro con la Tierra: la anticipación del regreso, el viaje mismo o las reflexiones posteriores, físicas, psicológicas y filosóficas. De esos seiscientos viajeros espaciales —hombres, la mayoría—, más del ochenta por ciento han sido estadounidenses y rusos. En esta antología hemos seleccionado astronautas de cuatro países, para tener perspectivas distintas sobre la experiencia. Algunos regresaron después de unos días, otros lo hicieron después de un año; los primeros viajaron en la década de los años sesenta, otros lo han hecho recientemente. Estas distinciones aportan matices técnicos, personales y sociales a la lectura. En una época de gran conciencia ecológica y nuevas formas de existencia, el libro nos hace imaginar la Tierra como si la observáramos por primera vez. La antología

cierra con un epílogo en donde Elon Musk, visionario de la tecnología y los viajes comerciales al espacio, habla sobre el futuro de la vida en nuestro planeta.

¿Qué sucede cuando el cuerpo vuelve a la gravedad terrestre? ¿Qué pasa después de observar la vastedad del universo? ¿Cómo cambia la percepción de la Tierra de aquellos que han podido reflexionar sobre ella desde la inmensa lejanía? La antología no desea explorar la vida en el espacio, sino las impresiones sobre el universo y la Tierra que el regreso del espacio provoca. Si el viaje de ida se lee como un acto masculino y exaltado, propio del espíritu, el regreso parece sentirse en el alma, transformando lo objetivo en subjetivo, con características que tienden hacia lo femenino: introspección, reencuentro, renacimiento. Esta última parte del viaje produce un estupor intelectual, extrañeza y dudas que trascenderán en el tiempo creando una inquietud vertiginosa, muchas veces durante el resto de la vida del astronauta.

¿Cómo se describe esa inquietud; eso que además ninguna otra persona ha sentido? ¿Con qué palabras se expresan estos pensamientos y sentimientos nuevos a los treinta, cuarenta o cincuenta años? Lo conocido se vuelve desconocido al experimentarlo de manera consciente por primera vez; lo «real» adquiere matices de ficción. La Tierra deja de ser una noción abstracta e inasible. Mientras el observador se hace cada vez más pequeño, el planeta se hace más grande, demasiado grande: las palabras comunes no son suficientes, la conciencia de sí mismo se expande más allá de sus límites. Afectados por una sobrecarga sensorial, los astronautas se encuentran ante la dificultad o la imposibilidad de relatar con exactitud su regreso y su reencuentro con la Tierra.

James Hillman, en *El pensamiento del corazón*, señala que el vínculo «entre el corazón y los órganos de los sentidos no es un simple sensorialismo mecánico; es estético». Luego, citando al clasicista Richard Onians, dice que la actividad de percibir o de sentir viene del griego *aisthēsis*, «un “quedarse sin aliento”, la respuesta estética primaria». Y, más adelante, que «la transfiguración de la materia se produce por medio del asombro. Esta reacción estética que precede al asombro intelectual trasciende lo dado, permitiendo que cada cosa revele su aspiración particular dentro de un orden cósmico. [...] Significa interiorizar el objeto dentro de sí mismo, en su imagen, de manera que su imaginación se active (en lugar de la nuestra)».

¿Cómo narrar esa reacción estética si no es con la literatura? Al espacio no han viajado pensadores ni escritores. Los astronautas son profesionales de lo técnico: ingenieros, militares, científicos —lo opuesto, quizá, a lo literario. Pero en los siguientes relatos, con palabras comunes, comienzan a aparecer en el fondo, o a veces cerca de la superficie, rasgos de una memoria que sorprende por sus exploraciones poéticas, acaso involuntarias: la levedad y la pesadez, la inercia y la lentitud, la claridad y la opacidad.

«Siempre que me preguntan digo que lo más grandioso que el transbordador hizo fue poner a muchas personas en el espacio —cincuenta, a veces sesenta personas al año, cuando el programa estaba en su mejor momento. Cada persona que va al espacio, cada persona que logra ver lo que hay a la vuelta de la esquina es alguien con la posibilidad de ayudar a cambiar nuestra perspectiva, nuestra relación con la Tierra, nuestra comprensión del lugar que ocupamos en el universo. Esa es la razón por la que vamos al espacio, para

empezar», dice el astronauta estadounidense Mike Massimino. Ante la posibilidad de extender la vida a otros cuerpos celestes aparece esta visión de la Tierra y nuestra presencia en ella, uno de los rasgos que definen nuestra época contemporánea.

La Edad Moderna inició, simbólicamente, cuando Petrarca ascendió el Mont Ventoux en 1336 y vio, en la tierra que se extendía sin límites frente a él, su reflejo interior. Cuando los astronautas intentan encontrar su escala al contemplar la Tierra desde la Luna —o cuando tienen una epifanía suspendidos en el vacío del espacio, o cuando la escotilla se abre y sienten de nuevo el frío en un desierto nevado— se produce una tensión entre una geografía exterior y una interior, una emoción intelectual que no existe en la memoria colectiva; que está fuera del lenguaje. Quizá la exploración del espacio no haya iniciado una era histórica —es demasiado pronto para saberlo—, pero al leer los siguientes relatos no podemos dejar de pensar en los primeros templos de las primeras sociedades primitivas —esos claros en el bosque para observar e imaginar las estrellas—, en los griegos y su relación con el cosmos, en Copérnico y las esferas celestes en movimiento, en Galileo asombrado en su telescopio. Y en las primeras ciudades modernas que fueron apagando gradualmente, con su fulgor, ese misterio que el cielo representaba.

JACOBO ZANELLA

1960

YURI GAGARIN

(Klúshino, 1934 - Novosiólovo, 1968)

Yuri Alexéievich Gagarin nació en un pequeño pueblo en el óblast de Smolensk, al oeste de Moscú. Al término de la Segunda Guerra Mundial, su familia se mudó a la ciudad de Gzhatsk —rebautizada a finales de los setenta como Gagarin, en su honor. En 1951 ingresó a la Escuela Técnica Industrial de Sarátov; al mismo tiempo, y atraído por la idea de convertirse algún día en piloto, comenzó sus estudios en el aeroclub de la ciudad. Concluyó sus estudios en 1955, con una especialización en molduras y fundición, y meses después fue reclutado por el ejército soviético para asistir a una escuela de aviación militar en Orenburgo, donde conoció a su futura esposa, Valentina «Valia» Ivánovna. Se graduó como piloto de combate en octubre de 1957. Ese mismo año se creó el programa espacial soviético; las investigaciones y experimentos realizados ahí generaron entusiasmo en el joven piloto, al igual que en el resto de la Unión Soviética y el mundo. En 1959 Gagarin fue aceptado en este programa para participar en un grupo que probaría una nueva tecnología de vuelo, y el año siguiente se inscribió en el Centro de Entrenamiento de Cosmonautas (CEC) —que en la actualidad lleva su nombre. En 1961 recibió el cargo de cosmonauta y ese mismo año la comisión estatal lo asignó como piloto de la misión Vostok 1. Finalmente, el 12 de abril de 1961, Gagarin despegó desde el cosmódromo de Baikonur a las 09:07 de la mañana, hora de Moscú, para convertirse en el primer ser humano en salir al espacio exterior.

El cielo es un campo arado

El viaje duró 108 minutos y realizó una órbita alrededor de la Tierra. Luego, Gagarin trabajó durante varios años en el CEC, donde desempeñó diversos cargos y continuó su entrenamiento. Sin embargo, sus planes para volver al espacio se esfumaron tras la caída de la primera Soyuz de 1967 —Gagarin era el piloto suplente—, en el que diversas fallas técnicas y de diseño devinieron en el primer accidente mortal de un vuelo espacial. El 27 de marzo de 1968, mientras realizaba un vuelo de entrenamiento en un caza MIG-15UTI, junto con el piloto instructor Vladímir Serioguín, Gagarin murió abruptamente. Tenía 34 años. Sus restos están enterrados en un muro del Kremlin de Moscú, en la Plaza Roja.

El primer viaje tripulado por un humano alrededor de la Tierra significó un hito dentro de la Carrera Espacial entre Estados Unidos y los soviéticos. Luego de esta hazaña, Gagarin fue nombrado héroe de la Unión Soviética y se convirtió en una celebridad mundial. A continuación aparece un extracto de su biografía *Doroga v Cosmos* [Camino al Cosmos], escrito poco tiempo después del vuelo de 1961, donde se describe en primera persona su experiencia a bordo de la nave, las sensaciones e impresiones —inéditas hasta entonces— que tuvo a lo largo del vuelo y los momentos posteriores a su llegada. Gagarin se convirtió en un símbolo de los anhelos espaciales del siglo xx, la promesa de un futuro ya no tan imaginario donde los avances tecnológicos llevarían a la humanidad a las estrellas. También fue una especie de lábaro patrio que ayudó a construir el orgullo soviético de la época —y después el ruso—; precisamente, en el texto que aquí aparece se pueden leer algunos destellos del espíritu con el que la Unión Soviética articuló los resultados de su programa espacial.

La nave entró en órbita, una extensa vía espacial. Sentí la ingravidez: ese mismo estado que había leído de niño en los libros de K. E. Tsiolkovski. Al principio esta sensación fue inusual, pero pronto me acostumbré a ella, la asimilé y continué cumpliendo el programa establecido para el vuelo. «Será interesante saber qué dirán las personas en la Tierra cuando les cuenten de mi vuelo», pensé.

La ingravidez: un fenómeno un tanto extraño para todos nosotros, habitantes de la Tierra, pero el organismo rápido se adapta a ella, experimentando una ligereza excepcional en todos los miembros. ¿Qué me pasó durante este tiempo? Me separé del asiento y quedé flotando entre el techo y el suelo de la cabina. La transición a este estado sucedió muy suavemente. Cuando empezó a desaparecer el efecto de la fuerza de gravedad me sentí verdaderamente bien. De repente, alrededor todo empezó a hacerse más ligero. Las

manos, las piernas y todo mi cuerpo empezaron a sentirse como si no fueran míos en absoluto. No pesaban nada. No estás sentado ni acostado, sino como suspendido en la cabina. Todos los objetos que no se habían sujetado también flotan y los ves como si estuvieras en un sueño. La plancheta, el lápiz, el cuaderno... Y las gotas de líquido que salían de una manguera tomaron la forma de pequeñas esferas, se movían libremente por el espacio y, al tocar las paredes de la cabina, se pegaban a ellas como el rocío a las flores.

La ingravidez no interfiere en el rendimiento de una persona. En todo momento estuve trabajando. Revisaba el equipo de la nave, observaba por las ventanillas y tomaba notas en la bitácora. Escribía con la escafandra puesta, sin quitarme el guante hermético, con un lápiz común de grafito. Escribir era fácil y las frases se acomodaban una tras otra sobre el papel de la bitácora. Olvidándome por un minuto en dónde estoy y en qué situación me encuentro, puse el lápiz junto a mí y en ese instante se alejó flotando. No intenté atraparlo; hablaba en voz alta sobre todo lo que estaba viendo y el magnetófono grababa lo que decía en una cinta angosta y corrediza. Yo continuaba manteniendo la radiocomunicación con la Tierra por los distintos canales de régimen telefónico y telegráfico.

Al control de la misión le interesaba saber lo que veía yo hacia abajo. Les conté que nuestro planeta se veía más o menos igual que desde un vuelo en un avión de reacción a gran altura. Resaltan con precisión las cordilleras, los ríos voluminosos, los grandes macizos forestales, las manchas de islas y el litoral de los mares.

Cuando era niño leía extasiado *El cantar de las huestes de Ígor*, esa antiquísima colección de ideas de devoción a la

patria. Durante los recreos, me gustaba quedarme en el salón de pie junto al mapa geográfico, mirar los grandes ríos rusos: el Volga, el Dniéper, el Obi, el Yeniséi y el Amur que, como hebras azules, encintaban el vigoroso cuerpo de nuestro país, y soñar con viajes remotos y excursiones. Y hela aquí, la principal excursión de mi vida: ¡un vuelo alrededor del globo terráqueo! A trescientos kilómetros de altura agradecí mentalmente al partido y al pueblo por haberme dado esta enorme alegría: ser el primero en llegar a ver y el primero en contar a la gente todo lo que vi en el cosmos.

Vi las nubes y sus ligeras sombras en la lejana y querida Tierra. En algún momento se despertó en mí el hijo del *koljosnik*. El cielo completamente negro se veía como un campo arado, sembrado con el grano de las estrellas.

Las estrellas se ven brillantes, claras, como si las hubieran abaleado. El Sol también es sorprendentemente brillante; con los ojos sin protección, incluso entrecerrándolos, es imposible verlo. Seguramente es decenas de veces, si no es que cien veces más brillante de como lo vemos desde la Tierra. Más brillante incluso que el metal fundido con el que tuve que interactuar cuando trabajé en un taller de fundición. Para debilitar la fuerza cegadora de los rayos del sol, cada tanto cubría las ventanillas con los obturadores de protección.

Quería observar la Luna, entender cómo se ve ella en el cosmos. Pero, lamentablemente, durante el tiempo del vuelo su silueta se encontraba fuera de mi campo de visión. «Bueno», pensé, «la veré en el próximo vuelo».

Las observaciones eran no solo del cielo, sino también de la Tierra. ¿Cómo se ve la hidrósfera? Con manchas medio oscuras, que de vez en cuando centellean un poco. ¿Se percibe la esfericidad de nuestro planeta? ¡Sí, por supuesto! Cuando miraba el horizonte, veía la transición abrupta, contrastante, de la superficie luminosa de la Tierra al cielo

OTROS TÍTULOS
DE LA COLECCIÓN DISERTACIONES

EN TIERRA DE NADIE

Diez autores de distintos continentes —que a su vez han sido migrantes o han vivido de cerca la experiencia— reflexionan sobre el viaje físico y psicológico que han hecho, las sorpresas y las decepciones de ser diferentes en una nueva geografía. Alejada de una voz periodística, esta antología —una especie de memoria polifónica contemporánea— es un acercamiento a las sensaciones y a la vida interior de quienes han migrado.

EN UNA ORILLA BRUMOSA

En un presente donde realidad y especulación se confunden, catorce voces imaginan otros mundos posibles de las artes visuales y la literatura. ¿Cómo se transformarán y dialogarán texto e imagen en el futuro? Verónica Gerber Bicecci, editora invitada, propone aquí una colección de ejercicios narrativos y filosóficos que rondan la ciencia ficción a partir del «¿Qué pasaría si...?».

EN BUSCA DEL PRESENTE

¿Cuáles son esos rasgos que definen nuestro presente? Voces de veinte autores de ocho países se entrelazan para esbozar los trazos individuales y sociales de nuestro tiempo. Del arte a la economía y de la cultura a la tecnología, esta selección del vasto archivo de *Letras Libres* revela, con fuerza y carácter, un vibrante corte transversal del mundo contemporáneo.

Yuri Gagarin narra el primer viaje al cosmos. Neil Armstrong ingresa en una cuarentena para no esparcir los gérmenes lunares. Al Worden compara las sensaciones del espacio profundo con las llanuras abisales del océano. Edgar Mitchell pasa el resto de su vida tratando de explicarse qué fue lo que vio. Valentín Lébedev publica el diario personal de sus meses en el espacio. Mike Mullane se emborracha con cerveza en la ceremonia de bienvenida. Rodolfo Neri Vela aprende a caminar de nuevo. Anousheh Ansari se come una manzana prohibida. Scott Kelly sueña que está en el espacio con su hermano gemelo y todo está cubierto de nieve.

Nueve relatos de astronautas —de cuatro países y seis décadas— narran la experiencia de su reencuentro con la Tierra: la anticipación del regreso, el viaje mismo o las reflexiones posteriores, físicas, psicológicas y filosóficas. En una época de gran conciencia ecológica y nuevas formas de existencia, el libro nos hace imaginar la Tierra como si fuera la primera vez.

¿Qué sucede cuando el cuerpo vuelve a la gravedad terrestre? ¿Qué pasa después de observar la vastedad del universo? ¿Cómo cambia la percepción de la Tierra de aquellos que han podido reflexionar sobre ella desde la inmensa lejanía? La antología no desea explorar la vida en el espacio, sino las impresiones sobre el universo y la Tierra que el regreso del espacio provoca. ¿Cómo se describe esa emoción; eso que además ningún otro ha sentido? Lo conocido se vuelve desconocido; lo «real» adquiere matices de ficción. Con palabras comunes, comienzan a aparecer en el fondo, o a veces cerca de la superficie, rasgos de una memoria que sorprende por sus exploraciones poéticas, acaso involuntarias: la levedad y la pesadez, la inercia y la lentitud, la claridad y la opacidad.

Salir del planeta es el viaje de los viajes: salir de sí y abrazar el vacío cósmico. Los astronautas, viajeros de lo sublime, son la medida de nuestros sueños. Los recuerdos aquí reunidos nos invitan a hacernos la pregunta de todas las preguntas: ¿qué hacemos en el planeta azul? REGRESO A LA TIERRA es el testimonio de los testimonios, un llamado a la humanidad. —*Marta Rebón*